

López Barja de Quiroga, Pedro: *Entre tiranos. La guerra civil de César*, Madrid, Marcial Pons Historia, 2021, 264 pp., ISBN: 978-84-18752-00-1.

Antonio Miguel Jiménez Serrano¹

DOI: <https://doi.org/10.5944/etfi.35.2022.33628>

El volumen que se presenta a continuación, con el sugerente título de *Entre tiranos. La guerra civil de César*, a cargo del especialista en historia de Roma y profesor titular de Historia Antigua en la Universidad de Santiago de Compostela, Pedro López Barja de Quiroga, aborda un tema tan complejo y discutido como rico en posibilidades interpretativas: el proceso de enfrentamientos civiles en Roma en los últimos años de la República, desde el asesinato del tribuno de la plebe Publio Clodio en el año 52 a.C. hasta la finalización de la enconada y cruenta guerra de Perusia en el año 40 a.C. Bien es cierto que, dependiendo de los criterios de acotación que se sigan, el comienzo de las guerras civiles romanas puede llegar a ponerse en el estallido de la mismísima Guerra de los Aliados (90-88 a.C.), cuestión esta debatible, pero de lo que no cabe ninguna duda es de que la década de los años 40 del siglo I a.C. es el periodo que puede considerarse como el punto nuclear y más crítico del proceso: el epicentro del terremoto que sacudió al Estado romano para siempre; hubo más acontecimientos que tener en cuenta antes y después de esta década, por supuesto, pero en el medio de todo, debido a la cantidad y significación de los hechos, encontramos la década de los años 40, en la que se dieron la guerra civil entre Pompeyo y César (49-45 a.C.), la guerra de Módena (44-43 a.C.), la intermitente guerra contra Sexto Pompeyo (44-36 a.C.), la guerra contra los asesinos de César (43-42 a.C.) y, finalmente, la guerra de Perusia (41-40 a.C.), que encontraría su réplica en el último enfrentamiento civil, ya a finales de los años 30, entre el joven César (Octaviano) y Marco Antonio.

Como advirtió acertadamente Ronald Syme en su ya clásica obra *The Roman revolution* (1939), «the history of this age is highly controversial, the learned literature overwhelming in bulk». En este caso, más que controversia, el autor presenta una perspectiva interesante: la de quien sin querer hacerlo, debe tomar partido, en pro de su supervivencia, por los distintos *daimios* o señores de la guerra que van obteniendo el poder en Roma *manu militari*. Es el caso de Cicerón. El seguimiento del periodo (al menos hasta el 43 a.C.), año en que fue decapitado por los soldados de Antonio, lo lleva a cabo el profesor López Barja de Quiroga a través de los ojos de un personaje tan controvertido como Marco Tulio Cicerón, denominado en la

1. Universidad Nacional de Educación a Distancia. C. e.: dskeran@hotmail.com

obra únicamente como «Tulio», su segundo nombre, el que el arpinate utilizaba en sus cartas para dirigirse a los más cercanos (su mujer, su hija o su querido esclavo Tirón) para «intentar abordarlo con una mirada nueva, alejadas de ciertos tópicos» (p. 43), señala el autor.

La obra tiene una estructura general cronológica, aunque cuando la temática lo requiere la línea temporal pasa a un segundo plano, como por ejemplo en los capítulos 2 y 6, centrados en las figuras de Cicerón y Fulvia respectivamente, los dos personajes que ilustran la portada del volumen y cuya influencia en el periodo es determinante. En total, el tiempo que abarca la obra suman 12 años: desde el 52 a.C., con el hito del asesinato del tribuno de la plebe Publio Clodio, hasta el año 40 a.C., con la rendición de Lucio Antonio, el hermano del triunviro, ante el joven César y la toma por este de la ciudad de Perugia. Aun así, a lo largo de las páginas el autor aborda cuestiones transversales o sucesos que salen de esta horquilla temporal.

Entrando ya en cada capítulo, comienza el autor adentrándose en el advenimiento y consecuencias de lo que Tácito consideró «el origen de todos los males» para la República (p. 175): el tercer consulado de Pompeyo, o como lo denominó Cicerón, el «divino tercer consulado» (p. 32). Este tercer desempeño de la magistratura suprema por parte del llamado Magno tuvo, como recuerda el autor, la condición de ser en solitario (*sine collega*), siendo propuesta por Marco Calpurnio Bíbulo y aceptada por el común del Senado debido a la situación de urgencia. La crisis abierta en el seno del cuerpo político romano por el asesinato de Publio Clodio y el juicio contra Tito Annio Milón, representó la lucha entre dos facciones cuyos intereses se habían tensado hasta un punto sin retorno. Además, como señala López Barja de Quiroga, las rencillas personales se unieron a las políticas: Bíbulo era enemigo personal de Julio César desde que desempeñaran juntos el consulado en el 59 a.C., Pompeyo aborrecía a Milón, aunque éste era estrecho colaborador de Cicerón, etc. El triunvirato entre Craso, Pompeyo y César fue tocado con la muerte del hombre más rico de Roma en la desastrosa campaña parta del 53 a.C., y hundido finalmente con otra muerte, la de Julia, hija de César y esposa Pompeyo, al dar a luz, el último nexo de la frágil alianza. La opción de Pompeyo por los Metelos y la facción optimate, seguido de las leyes llevadas a cabo por el llamado Magno en el 52 a.C. pusieron en alerta a César.

En el segundo capítulo, se presenta un bosquejo de la importante figura de Marco Tulio Cicerón, esencial para comprender el periodo y sus acontecimientos, y a través de cuya experiencia personal, vivida «entre tiranos», adquiere sentido el título de la obra. La importancia del arpinate y de su testimonio es indiscutible, ya que, en palabras del autor, «salvo en ese escenario principal de todas las guerras, Cicerón se presentó en todos los demás, tomando parte en muchos de los acontecimientos decisivos, haciendo oír su voz, que era escuchada con respeto o irritación» (p. 42). De hecho, gracias a sus cartas podemos conocer no solo los hechos en los que se vio envuelto el de Arpinum, sino también acontecimientos fundamentales para la historia de Roma en los que éste no estuvo presente, como la batalla de *Forum*

Gallorum del 43 a.C., donde se enfrentaron las fuerzas de Antonio y las conjuntas del Senado, comandadas por Aulo Hircio y Vibio Pansa, y las reclutadas por Octaviano a sus expensas, gracias a la carta remitida por Sulpicio Galba, que intervino en el combate, a Cicerón (Cic. *Fam.* X, 30).

El capítulo tercero, uno de los centrales del volumen, es dedicado al camino hacia la guerra civil, denominada «la guerra de César», que subtitula el volumen. Centrándose en los años 52 a 49 a.C., el autor ahonda en las maniobras políticas y la escalada de tensión entre los antiguos aliados, Pompeyo y César, y sus partidarios, prestándose atención a cada elemento legal y de política interna de la Ciudad, donde destaca especialmente la cuestión de cuándo debía dejar César su provincia y su ejército (si en el 50 o en el 49 a.C.), y si podía o no presentarse a las elecciones al consulado sin necesidad de estar presente en Roma (*in absentia*). Aun así, y como señala el autor, «la cuestión jurídica es compleja y, en realidad, irrelevante, un mero embrollo que oculta y a la vez expresa las tensiones que conducirían a la guerra civil» (p. 47). A lo largo de la escalada de tensión, y siguiendo la perspectiva planteada en la obra, se atiende a las reacciones de Cicerón, quien «en sus cartas [...] hace constantes referencias al miedo [...], miedo a las proscipciones, a la venganza, a perder su fama, a la crueldad de los enemigos» (p. 69).

En el capítulo cuarto continua el avance cronológico con el estallido de la guerra civil, cubriéndose los años 49 a 45 a.C. ahondándose en las cuestiones de apoyos políticos, movimientos de ejércitos, obtención de recursos económicos y acuñación de moneda, etc. Pero hay un punto que llama especialmente la atención abordado aquí por el autor: el partido tomado por los itálicos y los romanos. Así, López Barja de Quiroga señala que Marco Celio Rufo, defendido por Cicerón en los tribunales acusado de intentar asesinar a Clodia, la hermana del tribuno de la plebe Publio Clodio, afirmaba que en febrero del 49 «no hay en Roma nadie, salvo los acreedores, que no sea pompeyano» (p. 78), mientras que, tras varios intentos del mismo Celio y del exiliado Milón por atraérselos, «los itálicos no estaban dispuestos a sublevarse para ayudar a Pompeyo y al Senado» (p. 80). ¿Una repetición de las rencillas antiguas, entre itálicos, bajo el mando de César, y romanos, amparados por Pompeyo? Tesis discutible, como todas, pero extremadamente sugerente. Finalmente, una estimación de los muertos que dejó el enfrentamiento arroja luz a la cuestión ya mencionada: la división entre romanos e itálicos.

En el capítulo quinto abarca el autor del año 44 al 42 a.C., y en él se abordan dos grandes cuestiones, como cabe esperar: la conjura contra César y su asesinato, y el caos institucional que le siguió. Comenzando con la celebración de las ferias latinas de Alba Longa en enero del 44, donde César había portado los atributos de la antigua realeza albana, y pasando por su nombramiento como *dictator perpetuus* en febrero, el acendrado republicanismo o la conveniencia política, señala el profesor López Barja de Quiroga, unidos a los cada vez más frecuentes errores políticos del vencedor de Munda, habían puesto contra César a muchos miembros de la aristocracia romana. Cicerón, lejos de apoyar a César, tampoco se

consideraba pompeyano, pues, en palabras del autor, «nada bueno cabía esperar de unos hombres «coléricos, codiciosos e insolentes»» (p. 126). El asesinato de César pone sobre la mesa la cuestión de la legitimidad del tiranicidio, presente a lo largo de toda la historia política occidental. Tras esto, la desbandada de los ejecutores y el nacimiento de un nuevo poder: la unión de Marco Antonio, Lépido y el joven César, establecidos mediante la ley Ticia del 43 a.C. como *triumviri rei publicae constituendae*, una suerte de «estado de excepción» (p. 151), y el comienzo de las listas negras de condenados, listas que, entre otros, engrosará Cicerón por orden de Marco Antonio como venganza por sus enconadas *Filípicas*.

El capítulo sexto, que abarca del año 42 al 40 a.C., se centra en las luchas de los últimos años de la década, recibiendo el nombre de una de sus protagonistas: Fulvia, quien a decir de los antiguos «nada tenía de mujer, salvo el cuerpo [...] una mujer tan extraordinaria que su retrato es probable que se esconda en el de una victoria con alas que los antonianos eligieron para algunas de sus acuñaciones» (p. 168). Concluidos los enfrentamientos contra los tiranícidas para dar paso a la que el autor define como «la breve y extraña guerra» de Perugia, «debida a una maniobra desafortunada del joven César» (p. 168). Un durísimo asedio a la ciudad por el ejército ya veterano de Octaviano contra las fuerzas lideradas por Lucio Antonio, hermano del triunviro, y la esposa de éste, Fulvia, pusieron fin a esta guerra. ¿Fue una guerra debida a un malentendido? De nuevo el autor propone una interesante cuestión: la lucha de Lucio Antonio en defensa de los campesinos romanos expropiados y el apoyo de los veteranos itálicos al heredero de César.

En el capítulo séptimo y último, el profesor López Barja de Quiroga realiza una labor de reflexión y síntesis en torno a dos conceptos fundamentales: guerra civil y revolución. ¿Cómo concebir las guerras civiles romanas? El autor señala la idea de los antiguos, Salustio, Varrón o Cicerón, para finalmente concluir que «nos encontramos ante dos interpretaciones muy diferentes: por un lado, la que describe una tensión permanente, ancestral, entre Pueblo y Senado, que conduce al enfrentamiento y la guerra civil [...]; y, por otro [...], que sitúa el origen de la crisis en una escisión abierta en el seno de la clase» (p. 184), cuyos representantes son Salustio y Varrón y Cicerón respectivamente. En cuanto a la cuestión de la revolución, el autor se adentra en lo que denomina el paradigma «Levi-Syme [...] anclado en los conflictos y tendencias ideológicas de la Europa de la década de 1930» (p. 177).

La obra del profesor López Barja de Quiroga resulta un magnífico compendio del enfrentamiento civil romano en la década de los 40 del siglo I a.C., y sin pretender aportar una lectura rompedora ni transgresora en lo que a interpretación historiográfica se refiere, sí recoge perspectivas sumamente interesantes presentadas en un formato de libro sencillo, abordable para un público general, pero sin por ello faltar un aparato bibliográfico fuerte, tanto en cuanto a fuentes como en cuanto a historiografía moderna.